



La Novela Gráfica

25 cts
Nº 23

El Honor ante todo

por

John Gilbert

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla de las Flores, 80, 1.º

Teléf 4656 A. — BARCELONA



Talleres Gráficos prof. es

Bou de San Pedro, n.º 9

Teléf. 1167 S. F. BARCELONA

Corresponsales: En todas las poblaciones de España y América

HONDA FIRST
EL HONOR ANTE TODOVersión literaria del cinedrama
de igual título, marca **Fox**

Creación de los célebres artistas

Renée Adorée y John Gilbert

CONCESIONARIA

Hispano Foxfilm, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

I
SORDAMENTE, con un sonido lúgubre,
como mazazos descargados en la cabeza
de un cíclope, caían, a intervalos regula-
res, las bombas alemanas sobre el reducto de
Bossaire.

Sentado en el suelo, el teniente Honorato Dubois, que mandaba el pelotón, consultaba con frecuencia, nervioso e impaciente, el reloj que llevaba en la muñeca. Y en su rostro flotaba una vaga expresión de duda y de angustia a la vez. De vez en cuando sacaba su pañuelo de la guerrera y enjugábase un sudor frío que le bañaba el rostro...

—Mi teniente—musitó quedamente un ordenanza—. Está allí el guía que nos han mandado.

—Bien—repuso Honorato—. Que pase. Avisa a todos que estén dispuestos en cuanto cese el bombardeo...

El soldado adelantóse hacia la trinchera y Dubois quedó nuevamente sumido en sus preocupaciones.

—¿Da usted su permiso?—preguntó una voz, al cabo de pocos momentos.

—¡Adelante!

La sorpresa de los dos hombres, al hallarse frente a frente, no tuvo límites.

—¡Jaime!

—¡Honorato!

El guía que acudía a ponerse a las órdenes del teniente Dubois, cumpliendo órdenes superiores, no era otro que su propio hermano gemelo, Jaime, a quien no había visto desde hacía cinco años.

Su parecido era como el de dos gotas de agua en cuanto al físico, pero en cuanto a lo

moral, eran el sol y la tierra, el mar y las nubes, el cielo y el averno... ¡jamás habrían de juntarse!

Alejados por la incompatibilidad absoluta de sus caracteres—Honorato, al revés de Jaime, todo bondad y todo corazón, era uno de esos oficialillos viciosos y de inconfesables procederes que pusieron en peligro más de una vez el triunfo de Francia—la guerra los reunía de nuevo, en aquel preciso instante en que una muerte próxima amenazaba a todo el pelotón...

La operación que aquella noche debía realizarse, era, en efecto, peligrosísima, y el objeto estaba muy bien defendido por el adversario. Consistía en avanzar, a favor de la obscuridad, hasta las mismas alambradas enemigas, lanzar una granada de trilita sobre sus defensores y así poder ocupar la posición, o, mejor dicho, el hoyo que abriría el formidable explosivo después de estallar...

El bombardeo enemigo habíase amortiguado. Sin duda, ante el silencio de los ocupantes de la trinchera francesa, creían mal rectificada su puntería.

—¡Adelante, muchachos!—ordenó sordamente el teniente—. ¡Ha llegado la hora!

Uno a uno, rastreando como animales inmundos, los soldados fueron saliendo, a gatas, de su escondrijo, y empezaron a avanzar hacia la trinchera enemiga. Honorato y Jaime

iban a la cabeza, bastante separados de sus compañeros.

De pronto, el teniente sintió un vértigo y quedóse inmóvil en medio del campo.

—¡Honorato!—murmuró Jaime—¿Qué tienes? ¿Por qué no sigues adelante?

El teniente Dubois temblaba como un azogado. Una crisis de terror, ante el peligro a correr le tenía crispado.

—¡No sigo!—dijo—. ¡Me matarían! ¡Yo no quiero morir!

—¡Estás loco!—profirió Jaime—. Anda, sigue adelante, que perderemos a los demás. Ya te pasará... Es una crisis nerviosa...

—¡No, no!... ¡Tengo miedo!

Una oleada de indignación subió a la cabeza de Jaime.

—¿Qué tienes miedo, dices? ¡Canalla! ¡Cobarde! ¿No te bastó robar a nuestra madre, que ahora quieres traicionar a Francia?

—No sigo—continuó diciendo Honorato—. ¡Me matarían!

—Está bien—repuso Jaime—. Dame el uniforme.

Hasta los dos hombres llegó un murmullo confuso. Los soldados, desconcertados al no ver ni al jefe ni al guía, hacían alto en la marcha.

—¡Dame el uniforme!—repitió Jaime.

El cobarde militar obedeció.

—Toma, aquí tienes el mío—repuso su hermano—. Calla y huye.

Y después, mostrando su casco entre la maleza:

—¡Muchachos! ¡Adelante! ¡Por Francia y por la Victoria! ¡Estoy aquí! ¡Con vosotros!

Ante ellos erguíanse los espinos agudos de la trinchera alemana.

—¡Deteneos! ¡Yo avanzaré y lanzaré la granada!—ordenó Jaime.

No tuvo tiempo de terminar. Un estruendo formidable retumbó en el espacio. El enemigo les había descubierto y apuntaba sus cañones contra ellos. Pero Jaime hizo un supremo esfuerzo, orientándose entre el humo y la polvareda, adelantóse hasta las mismas alambradas y arrojó la granada a los pies de los soldados alemanes aterrorizados...

La confusión fué horrible. El pelotón alemán quedó aniquilado. Las fuerzas francesas sufrieron también grave quebranto. Seis hombres quedaron solamente ilesos. Jaime había recibido un fragmento de obús en la cabeza. Sus compañeros le recogieron y, piadosamente, hicieron la señal de la cruz.

—¡Qué cosas tiene la guerra!—murmuró un peludo—. Le he visto aún no hace un cuarto de hora temblando de miedo como un azogado y ahora va a morir como un héroe...

II

EL comunicado oficial daba cuenta, al día siguiente, del heroico comportamiento del teniente Honorato Dubois en la gloriosa acción de Bossaire. Al propio tiempo, incluía en la lista de los desaparecidos al guía Jaime Dubois, su hermano gemelo. Y la ficción proseguía, desde aquel momento, dando lugar a las más inverosímiles situaciones. Jaime había sido conducido, presa de un largo desvanecimiento, a un hospital de sangre, a diez kilómetros del frente, y Honorato se había "emboscado" bajo un nombre falso, en una aldea vecina.

Cuando Jaime recobró el conocimiento hallóse tendido en el lecho, la cabeza fajada y una joven enfermera a su lado. Intentó hacer un movimiento para desentumecer su cuerpo dolorido por la inacción, pero la enfermera, con dulce solicitud, le dijo:

—Tiene usted que guardar mucha quietud, mi teniente.

—¿Teniente?—interrogó Jaime—. ¡Usted me confunde con algún otro!

—Si se excita usted—continuó diciendo la enfermera—, el doctor no le permitirá entrevistarse con su esposa.

—¿Mi esposa? ¡Si no soy casado!—repuso Jaime.

Pero apenas había terminado, fué recobran-

do poco a poco la memoria y en su cerebro renació el recuerdo de la noche trágica de Bossaire.

—Han traído esta carta para usted, mi teniente—repitió la voz de la enfermera.

Dubois cogió el sobre que estaba escrito, indudablemente, por una mano femenina. Abriólo y leyó:

"Honorato:

"Tu heroísmo hace que me avergüenze de mi proceder contigo. Ya que no amor, te ofrezco mi estima y cariño eternos.

"Tu esposa,

MOIRA."

Jaime cerró los ojos, como para coordinar ideas. Sí... Era cierto. Recordaba vagamente la separación de Honorato y Moira, por incompatibilidad de caracteres...

—Aquí—siguió diciendo la enferma—hay estas cartas que se encontraron en el bolsillo de la guerrera...

Jaime cogió la primera, cuyos trazos eran exactos a la que acababa de leer. Decía así:

"Honorato:

"Al separarme de ti inmediatamente después de nuestro matrimonio, era mi firme decisión no volverte a ver. Jamás te quise. Si accedí a casarme contigo fué por salvar a mi padre de

la influencia misteriosa que ejercías sobre él. Pero admiro tu patriotismo y deseo te cubras de gloria defendiendo a Francia. Este sentimiento es el que me ha movido a escribirte.

MOIRA."

La segunda, de trazos correctamente masculinos, estaba concebida en los siguientes términos:

"Honorato:

"Aunque a disgusto, he puesto de mi parte cuanto usted me exigía, para realizar su plan de hacer pasar a mi hija por la heredera del Duque de Vontaine, desaparecida hace años y reclama, así la herencia yacente.

"Su suegro

M. SEVERN."

—Veamos la tercera—se dijo Jaime.—Es del mismo.

Era otra misiva corta y como la anterior, redactada en términos corteses, pero desprovistos de todo afecto. Se limitaba el señor Severn a comunicarle que la partida de nacimiento y demás documentos falsos estaban ya en su poder y que se los entregaría a su llegada a París.

El asombro de Jaime ante las felonías de su hermano no tuvo límites. Y nuevamente, la



Tengo un secreto que revelarte y, por otra parte, no sé cómo confiártelo.

idea de salvar el honor del uniforme, germinó en su cerebro. Resuelto a todo, determinóse a ir hasta el fin. Puesto que los azares de la lucha le hacían aparecer como el teniente Honorato Dubois, él aceptaría desempeñando su papel.

Unos pasos femeninos le arrancaron a sus meditaciones. Volvió la vista hacia la puerta de entrada y sus ojos tropezaron con una hermosa mujer de unos veinticinco años, lujosamente vestida, que se dirigía hacia su cama.

Era, indudablemente, Moira. Jaime hizo un esfuerzo para conservar su presencia de espíritu y sonrió.

—¡Honorato!... — murmuró dulcemente la mujer.—¿No pensabas que yo viniese, verdad?

—En efecto, no lo pensaba—repuso Jaime—. Pero no había perdido la esperanza de volverte a ver, Moira...

—Pareces otro... La guerra y las heridas te han cambiado. Tienes una inflexión de voz y un semblante más apacible...

—¿De verdad, Moira?

—Sí... Eres muy diferente... muy diferente...

Los ojos del herido abríanse, dulces, tranquilos, acariciadores. Un sentimiento de piedad apoderóse del espíritu de Moira. Se inclinó sobre la cabeza vendada de Jaime y depositó en su labios el más dulce, el más tierno, el más infinitamente apasionado de los besos.

III

VOLVAMOS ahora al verdadero Honorato Dubois.

Desde la noche en que estuvo a punto de comprometer, con su cobardía, la suerte de la lucha, vivía emboscado, como antes hemos dicho, en un pueblecito, cercano al frente. Pero así que se le presentó oportunidad, regresó, siempre con un nombre falso, a París, cuyos placeres y lujos le atraían cada día más.

En la ciudad enorme, gigantesca, que a pesar de las privaciones del bloqueo submarino, sabía todavía sonreír, no se hablaba de otra cosa, sino del heroico comportamiento del teniente Dubois. Los periódicos publicaban su retrato, en los "magazines" se insertaban entrevistas con el valeroso guerrero y el nombre de Honorato adquiría cada día mayor relieve.

Honorato Dubois reanudó en París su vida crapulosa de antes de la guerra. Reuníase frecuentemente con un grupo de apaches en el Café Javert, cercano al Sena, cuyos sótanos les servían de refugio.

Insensiblemente, su odio hacia su hermano crecía de día en día. Un odio del que la envidia era el principal aguijón. Honorato, reducido a la cualidad de emboscado, vivía a costa de mil combinaciones y Jaime, haciéndose pasar por él, disfrutaba de una licencia

bastante prolongada para reponerse y seguía, como es natural cobrando su sueldo...

Otra nueva de su hermano acabó de trastornar el cerebro de Honorato. Jaime había regresado a París, ya casi curado de sus heridas y frecuentemente se le veía exhibirse, llevando a Moira del brazo...

Honorato no pudo menos que confesar su situación a Tricot, jefe de los apaches con quien cada día se reunía. Contó en detalle todo lo ocurrido, desde la memorable noche del ataque a los alemanes en Bossaire.

—No se contenta con usurpar mi puesto y recibir a cada momento todos los honores y homenajes que me corresponden—dijo Honorato—, sino que, además, me quita la mujer. ¡Esto es insostenible!

Y después, fija ya su imaginación en la idea del delito:

—¿No habría una manera de que esto terminase?—preguntó.

Tricot reflexionó breves momentos.

—Es muy peligroso, en estos tiempos, cometer un atentado contra un militar... Tal vez con astucia podríamos hallar un plan que lo conciliase todo, evitando la efusión de sangre...

—¿Cómo podría hacerse?

—Verá usted... Jaime figura en las listas del Ministerio de la Guerra como desaparecido, ¿no?

—Efectivamente.

—Si logramos hacerle caer en una emboscada, despojarle de su uniforme y de sus documentos y usted se apodera de ellos, el asunto quedaría arreglado. Usted volvería a ser Honorato Dubois, y todo quedaría en su lugar. Si a su hermano le convenía identificarse, debería volver al frente o sufrir un castigo por... desertor. ¡Porque su hermano es... un cobarde militar! ¿Comprende?

—¡Admirable!—dijo Honorato—. Voy a ver a Jaime y si no consiente en arreglar las cosas de grado, le obligaremos por la fuerza. ¡No faltaría más! ¡Un emboscado! ¡Un cobarde!—Y una carajada sarcástica coronó sus infames exclamaciones.

IV

EN el suntuoso hotel en que habitaba Moira, volvía a sonreír la felicidad. Casi sin darse cuenta se había enamorado del que ella creía su marido. Le cuidaba, le mimaba, y la situación era cada día más violenta y peligrosa para Jaime.

Porque, a su vez, éste se había enamorado locamente de Moira. Y, honradamente, comprendía que debía guardar aquel amor en lo más recóndito de su alma.

Ella, mimosa, insinuante, acariciábale dulce-

mente y con los ojos le pedía, le suplicaba algo a lo que innegablemente tenía derecho.

Jaime, horrorizado ante el adulterio, pero asustado también de confesar a Moira la horrible verdad, sostenía luchas internas torturadas.

—Estoy débil, muy débil, Moira. Mi cerebro no ha recobrado todavía el indispensable equilibrio. Por las noches sufro frecuentes ataques de insomnio. ¡Si supieras las ganas que tengo de volver a ser tuyo, tuyo para siempre, de día y de noche! ¡Pronto, pronto, Moira!

Y con un beso fraternal en la frente daba término a sus sentimentales exclamaciones, mientras ocultaba el rostro para enjugar una lágrima furtiva que saltaba de sus pupilas abotargadas.

Pero aquella situación se hacía insostenible. Jaime no se sentía con fuerzas para mantenerla por más tiempo.

—Moira—dijo una tarde Jaime Dubois—. Yo no puedo más. Tengo un secreto que revelarte y por otra parte, no sé cómo confiártelo... Esto ha de terminar. Mañana mismo voy a buscarme cuarto en una pensión y me alejaré de aquí para siempre...

—¡Honorato!

—No hay más remedio... Hay un hecho en mi vida pasada...

—No me importa. Te amo, Honorato, y te perdono todo lo que hayas podido hacer. ¡Has

vuelto a mí redimido por el cumplimiento y te quiero por encima de todo!

Y la duda entre el deber y el amor, estalló de nuevo en el espíritu de Jaime. ¿Aceptaría el cariño de Moira a cambio de ser un impostor ante él mismo? ¿Sacrificaría sus sentimientos y su felicidad en aras del honor? Pronto se resolvió hacia esta última solución. Huiría de París, buscando antes a Honorato para que abandonara sus caminos indignos y reconquistase el corazón de su mujer, y él, luego, en el extranjero, buscaría el reposo y la calma, ya que la felicidad era imposible...

Pretextando la urgencia de una visita a un compañero de armas, Jaime despidióse de Moira, definitivamente dispuesto a su sacrificio. Aún no había andado veinte pasos cuando dió de manos a boca con Honorato.

—¡Muy bien!—exclamó éste, de buenas a primeras.—¿De manera, que te pasas la vida en casa de mi mujer? ¡Es una cosa admirable tu temperamento! ¡Si te parece bien, podrías tomarme a tu servicio como ayuda de "cámara"!

El cinismo de su hermano dejó atónito a Jaime. Había que renunciar a la idea de regenerar aquel hombre soberbio y embrutecido, incapaz de comprender la bondad y la abnegación. No sabiendo qué contestarle, hizo un vago movimiento de hombros.

—Devuélveme mi uniforme y mi documen-

tación y que acabe esta farsa de una vez, Jaime. ¡Esto no puede continuar así!

—Te los quité para salvarte de la deshonra y no te los devolveré hasta que me jures que no llevarás a cabo la felonía que intentas. Tu plan de hacer pasar a Moira por la hija del duque de Vontaine es sencillamente digno de un hombre sin pundonor ni principios. ¡Me avergüenzo de que seas mi hermano!

Honorato, fríamente, le escuchaba. Sin perder su cínica calma, contestóle:

—Si es eso lo único que desees, es muy fácil de arreglar... Pero tengo que preparar las cosas. Necesito me des tu palabra de honor de que no dirás nada a Moira hasta mañana.

—Te lo prometo.

—No esperaba menos de ti. Mañana a las ocho de la noche, te espero en el café Javert.

Y, dispuesto ya al crimen, si era necesario, Honorato se separó de su hermano después de estrecharle hipócritamente la mano.

V

I AIME cenó temprano aquella noche. Apenas probó bocado. Estaba excesivamente nervioso y empezaba a dudar de la rectitud de las intenciones de Honorato.

Moira, cuando le vió absorber precipitadamente el café, le preguntó:



Imposible. He dado mi palabra de honor de no revelarte mi secreto hasta mañana...

—¿Vas a salir esta noche?

—Sí—repuso Jaime—. Pero creo que antes de las diez estaré de regreso.

—¿Adónde has de ir?

—Al café Javest. Tengo que ver a un amigo... Pero será cosa de poco rato, te lo repito.

—No vayas, Honorato, te lo suplico. Quédate. Quiero tenerte a mi lado toda esta noche... Te quiero mucho... mucho... Honorato mío...

—Pues no me lo merezco, Moira. Soy peor que antes de volvernos a ver... Soy un mentiroso, un impostor...

¡Honorato!

—No soy acreedor a otra cosa que a tu desprecio...

—No, Honorato, no. De ninguna manera... Te amo por encima de todo...

—Yo también te amo, pero comprendo que no tengo derecho a quererte y que soy indigno de ti. Tú serás la primera en despreciarme cuando sepas la verdad, toda la verdad...

—Pues bien: ¡Dímela! ¡Ayer no quise saberla, pero hoy te exijo que me la digas!

—Imposible. He dado mi palabra de honor de no revelarte mi secreto hasta mañana... Déjame marchar. Volveré en seguida... Anda, sosiégate y espérame...

Bien... Vete... Te espero... Quiero saberlo todo, todo, para hacerte olvidar con mis besos este pasado que te tortura y aniquila.

Y mientras el que ella seguía creyendo su marido cruzaba la puerta para acudir a la cita de Honorato, Moira dejóse caer sobre un diván sumiéndose en profundas meditaciones...

—¿Mañana?... ¡Mañana!...

* * *

El timbre de la escalera resonó en el silencio del corredor.

—¡Es él!—pensó Moira—. ¡Era verdad que volvería en seguida!

Y ansiosa por volver a ver al hombre a quien tanto amaba, salió precipitadamente a abrir. Pero de pronto se dió cuenta de que había sufrido un error. El que llamaba no era su marido, sino su padre.

—¡Papaíto!—dijo Moira, abrazándole—. ¡Tú por aquí!

—Sí, pequeña. Quería mandarte un telegrama, pero con la irregularidad de los trenes debido a los continuos movimientos de tropas, no hay seguridad posible en las horas de llegada y preferí darte una sorpresa.

—Y la he tenido. Cualquiera iba a figurarse que eras tú. Yo pensaba que era Honorato.

—¡Ah! ¿No está aquí?

—No. Salió hace media hora para ir al café de Javert en donde estaba citado con un amigo.

—¿Tardará mucho?

—Ha dicho que estaría aquí antes de las diez.

—Querría verle antes. ¿Sabes qué podríamos hacer? Irle a encontrar. El café está cerca. Ponte el abrigo y ganaremos tiempo.

—¿Ocurre algo de particular?

—Tengo que darle unos documentos importantes.

—¿Qué documentos son?

—Eso queda entre nosotros, pequeña... Ya lo sabrás más tarde. Además, él mismo te lo explicará. Porque ya sé que ahora le quieres...

Moirá sonrió.

—Sí, en efecto. Creo que hemos acabado por comprendernos mutuamente...

—Ya sabía yo que al fin, te enamorarías de tu marido. Es un buen muchacho, aunque de un carácter algo especial...

Y así, comentando los gustos y modalidades de Honorato, Moirá y su padre salieron a la calle dirigiéndose al café...

VI

JAIME llegó, a las ocho y cinco minutos, al café Javert. Un camarero acudió solícito a ponerse a sus órdenes. Sin duda estaba ya enterado de la cita, porque se acercó a él y le dijo, respetuosamente:

—¿Es al teniente Honorato Dubois a quien tengo el honor de dirigirme?

—El mismo.

—¿Tendrá usted la bondad de aguardar un momento?

—Con mucho gusto.

—Perfectamente.

A Jaime no dejó de sorprenderle el hecho de que su hermano le hubiese citado allí. Conocía muy bien la clientela que frecuentaba aquel establecimiento y sabía que por allí rodaba siempre gente sospechosa.

De pronto, oyó tras él una voz femenina que repetía, con acentos de indignación:

—¡Ya le he dicho que se marchará! ¡Déjeme en paz!

Era una mujer de unos veintiocho años, una "apache" de lujo, con toda seguridad. A su lado, un hombre de mediana edad, zafio y grosero se empeñaba en cogerla del brazo.

—¡Déjeme le he dicho!—repitió la mujer.

El hombre la cogió brutalmente lascivo entre sus brazos.

Jaime, sin decir una palabra, levantóse de su asiento y asestó al desconocido tan formidable puñetazo, que le hizo rodar por el suelo.

—¡Honorato!—gritó ella, al ver al que había intervenido en su defensa—. ¡Honorato! ¿No te acuerdas de mí? ¡Soy Piquette, tu Piquette de antaño!

Jaime respondió en términos vagos. Había de seguir la comedia mientras fuese necesario.

—Ven, ven—le dijo ella—. ¡Quiero que

todo el mundo conozca al heroico teniente de Bossaire!

Y cogiéndole por el brazo le llevó al centro de la sala, lo subió a una silla y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva el heroico teniente Dubois!

—¡Vivaaaaa!—repitió toda la concurrencia, poniéndose en pie y aplaudiendo.

En aquel momento, el mozo se acercó nuevamente a Jaime.

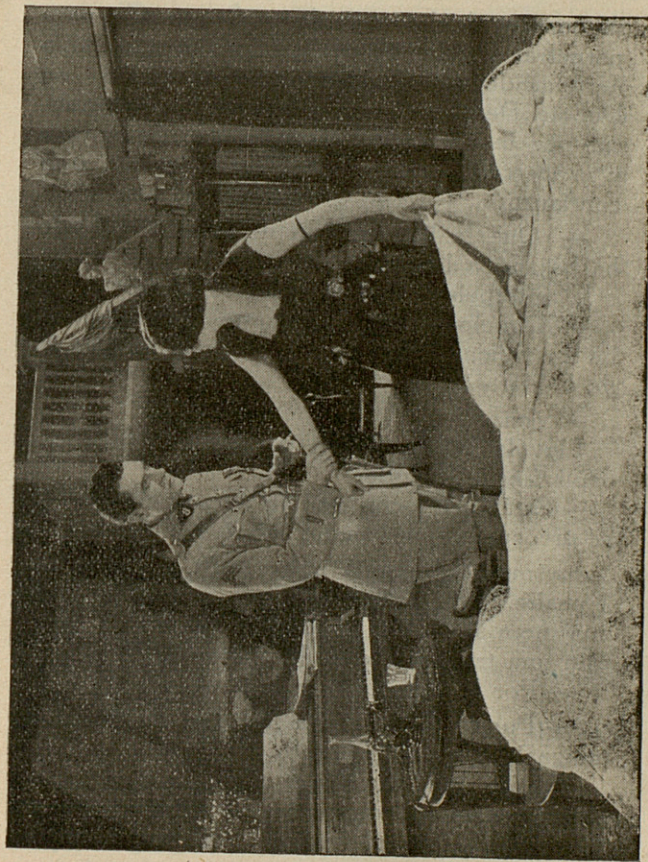
—El señor que tiene que hablar con usted me ha dicho que está a su disposición cuando guste...

—Está bien. Ahora mismo.

Los concurrentes callaron, apartándose todos para abrirle paso. Cinco minutos después, el teniente Dubois reaparecía entre la multitud y recibía nuevas pruebas de admiración.

Durante aquel intervalo se había realizado el siniestro plan de Tricot y Honorato. Al descender Jaime a la cueva en donde aquel le esperaba, Tricot y sus compinches le habían amordazado, despojándole de su uniforme. Ahora era el verdadero teniente Dubois el que se encontraba en la sala. Para completar los detalles, llevaba pegada en el pulso derecho una pequeña compresa, exacta a la que conservaba Jaime sobre una herida todavía sin cicatrizar...

Nadie se dió cuenta de la transformación de personajes más que Piquette. Acostumbrada a



¿Has olvidado que soy tu marido?

disfrazarse de las más diversas maneras para perpetrar los delitos de la banda a que había pertenecido, notó en seguida algo extraño en Dubois. Dejóle entre el delirio de la concurrencia que le abrazaba, ofreciéndole champagne y se acercó al camarero, con quien le unía gran confianza:

—¿Qué le ha ocurrido al teniente cuando ha bajado a los sótanos?

El interpelado palideció ligeramente.

—¡Dímelo!—repitió Piquette imperativa—. Es un valiente, un patriota y tienes obligación de hablar.

—Ven.

Llevóla en un rincón y en pocas palabras explicóle lo ocurrido.

—Está bien—contestó la aventurera—. No te preocupes, pues nadie sabrá una palabra...

La multitud seguía aclamando al héroe de Bossaire. Unas "cocottes" que ocupaban toda una mesa se habían apoderado de él y le ofrecían una tras otra, doradas copas de Moet.

—¡Por la victoria!—gritaban todas.

—¡Por la victoria y a la salud de nuestras amigas!—repuso Honorato.

Y al ir a apurar la última copa, sus ojos tropezaron con la mirada severa de Moira y de su padre que desde el vestíbulo contemplaban la licenciosa escena.

Moira se acercó a Honorato.

—¿Ese es el amigo con quien estabas citado?—interrogó severamente.

—Tienes razón—contestó fríamente el teniente—. Veo que nuestro matrimonio tendrá que seguir, siendo lo que fué desde un principio: un martirio. No sabes comprender que los héroes no nos debemos a nosotros mismos.

El suegro le contemplaba con una expresión de asombro sin límites.

—Acompañe a Moira a casa, se lo suplico—dijo Honorato—. Tengo algo muy importante y reservado que hacer aquí. ¿Quiere hacerme este favor?

El señor Severn no replicó. Cogió a su hija del brazo y salió presuroso del café, anonadado ante el tremendo desengaño que ambos acababan de recibir.

Honorato no se inmutó. Volvió a la cueva y llamó a Tricot.

—Las cosas se han complicado, mi querido Tricot. Hay que hacer desaparecer a ese hombre antes de que pueda perderme. Sabe demasiadas cosas de mi vida, y... no quiero estorbos en el camino.

—El Sena guarda bien los secretos, señor—contestó el rufián.

—Pues adelante. Obra rápido y seguro.

Y Honorato volvió a cruzar el café entre los aplausos y vítores de todos los presentes, que estaban bien lejos de suponer que aclamaban a un miserable.

VII

SILENCIOSAMENTE, arrastrándose como un reptil, en suspenso el aliento, Piquette descendió las escaleras que conducían al sótano. No se había equivocado. Tricot y los suyos habían salido a la calle para acabar de combinar el plan. En un rincón, medio desnudo y maniatado, yacía Jaime.

—Honorato—dijo Piquette, que seguía tomando a Jaime por su hermano y a éste por un impostor—, escúchame bien. Quieren arrojarte al Sena. Disimula estar desmayado y yo te salvaré. No temas.

—Gracias, Piquette—balbució Jaime.

—Adiós. Voy a ver a mis compañeros para que me ayuden a salvarte.

Momentos después, Tricot y dos de sus secuaces penetraron de nuevo en aquel antro del crimen. Cogieron entre dos a Jaime y, por una puerta falsa, salieron a la calle. París, a aquella hora, estaba ya en plena obscuridad por temor a las incursiones de los zeppelines. Sin decir palabra, Tricot y sus compinches llegaron hasta el puente sobre el Sena y dejaron caer el cuerpo de Jaime sobre las aguas...

—Ya está—dijo Tricot—. El señor Dubois no podrá decir que le hemos servido mal.

Si Tricot no hubiese abandonado tan rápidamente aquellos lugares, hubiese podido presenciar un espectáculo para él inesperado. Bajo

el puente bogaba una barca que a los pocos segundos recogía a Jaime y le conducía nuevamente a tierra... Era ella, Piquette, que disfrazada de pilluelo, daba imperiosamente órdenes a sus compañeros...

* * *

Eran cerca de las once de la noche cuando Honorato—el verdadero Honorato, esta vez—llegó a casa de su mujer.

Moira le contempló con indiferencia glacial. El señor Severn creyóse en la necesidad de reconvenir a Honorato.

—La ha ofendido usted gravemente—dijo le—. Realmente, su conducta es inexplicable, precisamente cuando aun no hacía un cuarto de hora me había confesado que le amaba a usted locamente y que usted era otro hombre.

—No se entrometa usted en mis asuntos, querido suegro—repuso Honorato secamente—. ¿Trae usted documentos?

—Sí, señor.

—¡A verlos!

El señor Severn obedeció. Extrajo de una abultada cartera unos legajos y los mostró a Dubois.

—Qué falsificación tan bien hecha, ¿verdad?—dijo cínicamente el teniente.

—Yo—murmuró el padre de Moira—, me he prestado a disgusto mío a esta maniobra,

pero desearía ahora que diese usted mi misión por terminada.

—¡Cómo!—gritó iracundo su yerno—. ¡O dice usted en seguida a Moira que es la hija del duque de Vontaine o le denuncio en seguida a la policía por tenencia de documentos falsos!

—Yo... Honorato...—balbució el pobre señor Severn.

—Retírese a descansar, que tengo que consultar por teléfono varias cuestiones delicadas—replicó Honorato—. Mañana por la mañana arreglaremos este asunto.

El señor Severn retiróse a su cuarto. Al pasar por delante de la habitación de Moira, ésta le llamó.

—No sé qué ocurre, papá—le dijo—. Encuentro a Honorato tan cambiado desde que le hemos encontrado en el café, que no parece el mismo...

Dubois, mientras tanto, interrogaba por teléfono a Tricot que seguía en el café Javert.

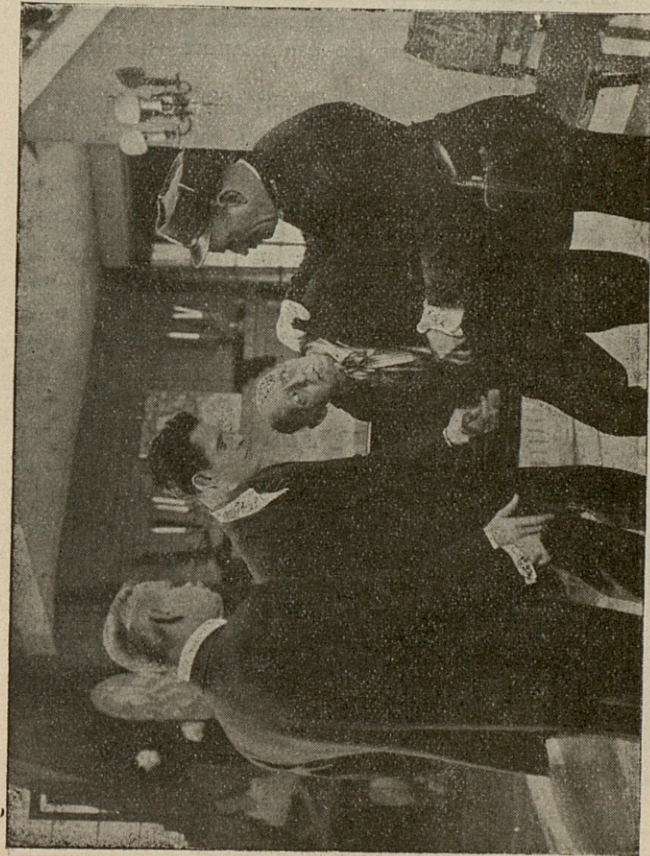
—Esté usted tranquilo—le contestó el apache al oír su voz—. Su hermano hace rato que se las está entendiendo con los peces.

Honorato colgó el aparato. Estaba más tranquilo. Todo marchaba a pedir de boca.

—¡Moira!—gritó.

Su esposa, que aun no se había acostado, se apresuró a salir de su habitación.

—¿Has olvidado ya que soy tu marido?



Tricot confesó de plano toda la verdad

E intentó abrazarla. Pero Moira se deshizo de él, apartándose con repugnancia.

—No me mires de esa manera—le dijo—. ¡Te odio!

—A propósito—continuó diciendo Honorato—. ¿Quién era el que antes estaba aquí contigo?

Un rayo de luz pareció inundar el cerebro de Moira. Rápida como el rayo se arrojó sobre Honorato y arrancóle de un tirón la compresa que llevaba en la cabeza. ¡La piel estaba intacta, sin ninguna cicatriz! Honorato, pálido como la cera, se refugió en un ángulo de la habitación.

—Entonces—dijo Moira lentamente, recalando las palabras—, era verdad... ¿Quién eres tú? ¿O, quién es el otro que se hace pasar por ti?

—Es mi hermano gemelo, que me ha robado los honores y me ha robado a mi mujer!—rugió Honorato—¡Pero yo he venido aquí a recuperar lo que es mío y me volveré a apoderar de todo, cueste lo que cueste!

Moira, aterrorizada al saber la verdad, corrió a refugiarse a su habitación y dejóse caer sobre el lecho, llorando amargamente...

VIII

LOS periódicos de la tarde del siguiente día, publicaron en grandes titulares, la noticia de haberse cometido en el café Javert un crimen sensacional que restablecía la verdad de la acción de Bossaire al mismo tiempo que ponía sobre la pista a la policía parisina de una peligrosa banda de apaches, cuyo jefe, Tricot, había sido detenido.

Honorato, en el momento en que obligaba a su suegro a contar a Moira la falsa historia del Duque de Vontaine, se había visto sorprendido por la irrupción de Jaime, salvado por Piquette del complot de los apaches. Entonces, ya perdida la serenidad y viéndose gravemente comprometido, pues, en el intervalo, una orden del Ministerio de la Guerra, comunicábale que al día siguiente debía presentarse al Hospital Central para que los médicos reconocieran el estado de sus heridas, había atraído nuevamente a Jaime al café Javert simulando una carta de Moira. Pero Tricot había errado el golpe y Honorato había muerto en la refriega. Así los apaches, al cometer un nuevo crimen, habían ejecutado, sin darse cuenta, un acto de reparadora justicia.

Tricot confesó de plano toda la verdad y los hechos quedaron definitivamente restablecidos. Un decreto del Ministerio de la Guerra elevó a Jaime al grado de capitán. Pero, el hermano gemelo del cobarde teniente de Bossaire no

volvió al frente. La victoriosa ofensiva aliada había, entretanto, hundido definitivamente el frente alemán. La pesadilla de la guerra se desvanecía, como afirmaba el último e histórico comunicado francés, "después de cincuenta y dos meses de una lucha sin precedentes"...

La victoria de Francia fué también la victoria de dos corazones aproximados por el infortunio y el sufrimiento. Y el día en que bajo el Arco de Triunfo, desfilaron las tropas triunfantes de la gran lucha, fué para Moira y para Jaime, la víspera de sus esponsales...

F I N

